

Avery, el pirata afortunado

Daniel Defoe



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

www.luarna.com

Ninguno de estos atrevidos aventureros dio tanto que hablar, durante algún tiempo, como Avery, quien produjo tanto revuelo como ahora Meriveis,¹ y fue tenido por persona de gran importancia; en Europa se decía que había llegado a erigirse a la dignidad de rey, y que sin duda era fundador de una nueva monarquía; que había apresado, según se decía, inmensas riquezas, y casado con la hija del gran mongol, a la que había cogido en un barco indio que cayó en sus manos, y que había tenido de ella muchos hijos, viviendo con gran realeza y pompa; que construyó fuertes, erigió almacenes y fue dueño de una poderosa escuadra de barcos, tripulada por gentes hábiles y desesperadas de todas las naciones; que ordenaba co-

¹ Jefe local del Afganistán que encabezó la rebelión contra la dominación persa en 1720. (N. del E.)

misiones en su propio nombre a los capitanes de sus barcos y a los comandantes de sus fuertes, y era reconocido por ellos como su príncipe. Se escribió una obra dramática sobre él, titulada *Successful Pyrate*, y todos estos relatos obtuvieron tal crédito que fueron presentados al Consejo varios proyectos para armar una escuadra para prenderle, mientras otros se inclinaban por ofrecerle a él y a sus compañeros un edicto de gracia e invitarles a regresar a Inglaterra con todos sus tesoros, no fuese que su creciente poderío entorpeciera el comercio de Europa con las Indias Orientales.

Sin embargo, todo esto no eran sino falsos rumores, aumentados por la credulidad de algunos y el humor de otros, que gustaban de contar cosas extrañas; pues mientras se decía que aspiraba a una corona, andaba sin un chelín; y por el mismo tiempo en que contaban que poseía prodigiosas riquezas en Madagascar, se moría de hambre en Inglaterra.

Indudablemente, el lector tendrá curiosidad por saber qué pasó con este hombre, y cuál era el fundamento de tantos falsos relatos sobre él; así que, de la manera más breve posible, referiré su historia.

Nació en el oeste de Inglaterra, cerca de Plymouth, en Devonshire; siendo educado para la mar, sirvió como piloto en un mercante durante varios viajes comerciales: sucedió que antes de la paz de Ryswick (1697), en que se firmó una alianza entre España, Inglaterra, Holanda, etc., contra Francia, los franceses de la Martinica hacían contrabando con los españoles del continente en la parte del Perú, cosa que por las leyes de España no está permitido a los amigos en tiempos de paz, pues nadie sino los españoles de nacimiento están autorizados a traficar en aquellas regiones, ni pisar tierra, sin exponerse en todo momento a ser detenidos y llevados prisioneros, por lo que mantienen constantemente ciertos barcos vigilando la cos-

ta, de los llamados guardacostas, con orden de apresar a toda embarcación que sorprendan dentro de las cinco leguas de la costa. Ahora bien, como los franceses se habían vuelto muy atrevidos en el comercio y los españoles andaban escasos de barcos, no siendo de ninguna fuerza los que tenían, sucedía a menudo que cuando descubrían a los contrabandistas franceses, no eran lo bastante fuertes para atacarles; así que España decidió alquilar dos o tres poderosos barcos extranjeros para su servicio; al saberse esto en Bristol, algunos mercaderes de esta ciudad armaron dos barcos de treinta y pico cañones, con 120 hombres cada uno, bien provistos de vituallas y munición y todos los demás pertrechos; y habiéndose acordado el precio por ciertos agentes para España, se les ordenó zarpar rumbo a la Coruña [la Groine], a fin de recibir órdenes y tomar a bordo a determinados caballeros españoles, que debían ir como pasajeros a Nueva España.

De uno de estos barcos, que según tengo entendido se llamaba *Duke* y estaba mandado por el capitán Gibson, era primer piloto Avery, individuo de más astucia que valentía, quien se captó la buena disposición de varios de los sujetos más atrevidos que iban a bordo del otro barco, así como de los que tripulaban el suyo, y habiendo sondeado sus inclinaciones antes de franquearse, y hallándolas favorables para su plan, les propuso finalmente huir con el barco, contándoles las grandes riquezas que podían alcanzar en la costa de la India; no bien lo hubo sugerido, lo aceptaron, y resolvieron ejecutar dicha conspiración a las diez de la noche siguiente.

Debo indicar que el capitán era enormemente adicto a la bebida, de modo que se pasaba casi todo el tiempo en tierra, en alguna pequeña taberna. Este día no bajó a tierra como de costumbre; sin embargo, esto no malogró el plan, pues tomó su dosis a bordo y se fue a

dormir antes de la hora acordada para el negocio: los hombres que no estaban en el secreto se metieron en sus coys también, no quedando en cubierta más que los conspiradores, quienes, efectivamente, eran la gran mayoría de la tripulación del barco. En el momento convenido, apareció la lancha del *Duchess*, y al saludarla Avery de la manera usual, le contestaron los hombres que iban en ella: «¿Está el borrachín de vuestro contramaestre a bordo?», lo cual era la contraseña convenida entre ellos, y al replicar Avery en sentido afirmativo, subieron a bordo los de la lancha, dieciséis hombres fornidos que se unieron a su compañía.

Cuando nuestra gente vio que todo estaba despejado, cerraron firmemente los cuarteles de las escotillas y pusieron en práctica el plan; no subieron el ancla, sino que la izaron pausadamente, y salieron a la mar sin confusión ni alboroto, aunque había varios barcos fondeados en la bahía, entre ellos una fragata

holandesa de cuarenta cañones, a cuyo capitán se le ofreció una gran recompensa para que saliese tras él; pero Mynheer, que quizá no habría deseado que le tratarasen de ese modo a él, no se dejó convencer para dar tal trato a otro, y así, dejó que Mr. Avery prosiguiese su viaje adonde tuviera intención.

El capitán, que a todo esto se había despertado, bien por el movimiento del barco, bien por el trabajo de los aparejos, hizo sonar la campana; Avery y otros dos entraron en el camarote; el capitán, medio dormido, y presa de una especie de sobresalto, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Avery le contestó fríamente:

—Nada.

El capitán replicó:

—Algo pasa en el barco, ¿navega? ¿Qué tiempo hay? —no pensando sino que se había

levantado temporal y que el barco había perdido las anclas.

—No, no —contestó Avery— estamos en alta mar, con viento suave y buen tiempo.

—¡En alta mar! —exclamó el capitán—, ¿cómo es eso?

—Vamos —respondió Avery—, no os asustéis; poneos vuestras ropas y os contaré el secreto: debéis saber que soy yo el capitán de este barco, y que éste es mi camarote, así que debéis salir, y voy a Madagascar, con el propósito de hacer mi propia fortuna y la de todos los valerosos compañeros que se han unido a mí.

Habiendo recobrado un poco sus sentidos el capitán, empezó a comprender el significado; sin embargo, su miedo era tan grande como antes; al darse cuenta Avery, le dijo que no temiese nada:

—Pues si tenéis intención de uniros a nosotros, os acogeremos, y si dejáis de beber y no os metéis en lo que no os importa, tal vez con el tiempo os nombre uno de mis lugartenientes; si no, hay un bote al costado, con el que podéis volver a tierra.

El capitán se alegró al oír esto, y aceptó el ofrecimiento; y siendo llamada toda la tripulación, para saber quiénes deseaban regresar a tierra con el capitán y quiénes buscar fortuna con el resto, no fueron más de cinco o seis los que desearon abandonar esta empresa; así que los pusieron inmediatamente en el bote con el capitán y les dejaron que se dirigiesen a tierra lo mejor que pudiesen.

Prosiguieron el viaje a Madagascar, pero no sé de que apresaran ningún barco durante el trayecto; cuando llegaron a la parte noreste de esta isla, descubrieron dos balandras fondeadas, las cuales, al verles, largaron el cable, se dirigieron a tierra y desembarcaron todos los

hombres, que se ocultaron en el bosque; eran éstas dos balandras huidas de las Antillas; y al ver a Avery supusieron que se trataba de una fragata enviada para detenerles, de modo que, al no tener fuerza para presentar batalla, hicieron lo posible por salvarse.

Adivinó Avery dónde estaban, y envió a algunos de sus hombres a tierra para hacerles saber que eran amigos y proponerles que se uniesen a ellos por la común seguridad; los hombres de las balandras estaban bien armados, y se habían apostado en el bosque, con centinelas en el lindero, para observar si desembarcaban hombres para perseguirles, y al ver que sólo eran dos o tres los que venían a ellos, y sin armas, no se opusieron, sino que al darles el alto y contestar ellos que eran amigos, les dejaron llegar adonde estaba el grueso y entregar el mensaje; al principio creyeron que se trataba de una estratagema para atraerles a bordo, pero cuando los embajadores propusie-

ron que el propio capitán y cuanta tripulación dijese se reuniese con ellos en tierra sin armas, se convencieron de que hablaban en serio, y pronto confiaron unos en otros, bajando a tierra los de a bordo y subiendo algunos de los de tierra.

Los hombres de las balandras se alegraron de esta nueva alianza, pues sus embarcaciones eran tan pequeñas que no podían atacar a un barco de alguna fuerza, de manera que hasta aquí no habían cogido ninguna presa de consideración; pero ahora esperaban lanzarse a la caza mayor, y Avery se alegró asimismo de este reclutamiento, que les reforzaba para cualquier valerosa empresa, y aunque el botín de cada uno quedaría disminuido, al dividirse en tantas partes, encontró un medio de que no le afectase a él, como se verá en su momento.

Habiendo consultado qué debía hacerse, decidieron zarpar y efectuar un viaje juntos, el barco y las balandras; así que se dispusieron a

sacar las balandras, lo que no tardaron en conseguir, y pusieron proa a la costa arábica; cerca del río Indo, el hombre de la cofa avistó una vela, a la que dieron caza, y al aproximarse descubrieron que se trataba de un barco de alta arboladura, por lo que supusieron que podía ser un buque indooriental holandés que iba de regreso; pero resultó ser una presa aún mejor; cuando le dispararon para obligarlo a ponerse al paio, alzó los colores del mogol y pareció aprestarse a la defensa; Avery sólo cañoneó a cierta distancia, y algunos de sus hombres empezaron a sospechar que no era el héroe por quien le habían tomado; sin embargo, las balandras aprovecharon ese tiempo, y viniéndole una por la serviola y otra por la aleta, trincaron la borda y subieron, a lo cual arrió bandera inmediatamente, y se rindió; era uno de los propios barcos del gran mogol, y había en él varios de los más altos personajes de su corte, entre quienes se dice que estaba una de sus hijas, que iba en peregrinación a La Meca, lugar que los

mahometanos se consideran obligados a visitar una vez en la vida, y llevaban consigo ricas ofrendas que presentar en el sepulcro de Mahoma. Se sabe que las gentes orientales viajan con la mayor magnificencia, de modo que llevaban consigo a todos sus esclavos y criados, sus ricos atuendos y joyas, con vasijas de oro y plata, y grandes sumas de dinero para sufragar los gastos de su viaje por tierra; así que no es fácil de evaluar el botín tomado a esta presa.

Habiendo trasladado todo el tesoro a bordo de sus propios barcos, la dejaron ir, y dado que no le era posible ya proseguir su viaje, regresó; tan pronto como llegó la noticia al mogol, y supo éste que eran ingleses quienes les habían robado, tronó grandes amenazas, y dijo que enviaría un poderoso ejército a sangre y fuego, que extirpase a los ingleses de todos los asentamientos de la costa india. La compañía indooriental inglesa se alarmó enormemente; sin embargo, poco a poco, hallaron el medio

de apaciguarle, prometiéndole hacer todos los esfuerzos por apresar a los ladrones y ponerlos en sus manos; no obstante, el enorme revuelo que esto produjo en Europa, así como en la India, dio ocasión a todas las historias románticas que surgieron en torno al poderío de Avery.

Entretanto, nuestros brillantes saqueadores acordaron dirigirse nuevamente a Madagascar, con intención de hacer de ese lugar el almacén o depósito de todo el tesoro, construir allí una pequeña fortificación y dejar a unos cuantos hombres en tierra para que lo cuidasen y defendiesen de cualquier ataque de los nativos; pero Avery rechazó definitivamente este proyecto y lo consideró totalmente innecesario.

Mientras seguían este mismo rumbo que se ha dicho, envió un bote a cada una de las balandras, con el ruego de que viniesen sus jefes a su bordo, a fin de celebrar un consejo; así lo hicieron, y les dijo que tenía que proponerles algo en pro del bien común, que consistía en

prevenirse de cualquier accidente; les dijo que pensasen que el tesoro que poseían sería suficiente para todos si podían guardarlo en algún lugar de la costa; por tanto, todo lo que debían temer era alguna desventura en el viaje; les pidió que considerasen las consecuencias si llegaban a separarse por mal tiempo; que cualquiera de las balandras podía toparse con algún barco de fuerza y ser apresada o hundida, perdiéndose su tesoro para el resto; eso si no sufría alguno de los comunes accidentes de la mar; en cuanto a él, era tan fuerte que podía enfrentar a su gente con cualquier barco que quisiese abordar en estos mares; que si se topaba con uno de fuerza tal que no lo pudieran apresar, tampoco podría ser apresado él, por estar muy bien tripulado; además, su barco era muy marinero, y podía forzar la vela; por tanto, les proponía trasladar el tesoro a su bordo, sellar cada cofre con tres sellos, de los que cada cual tendría uno, y luego acordar una cita, en caso de que se separasen. Tras deliberar sobre esta proposi-

ción, pareció tan razonable a todos ellos que accedieron a hacerlo de buen grado, pues se dijeron a sí mismos que podía sucederle cualquier accidente a una de las balandras, y escapar la otra, de modo que era por el bien común. Lo hicieron tal como habían convenido: trasladaron el tesoro a bordo de Avery y sellaron los cofres; siguieron juntos ese día y el siguiente, siendo el tiempo bueno; entretanto, Avery habló a sus hombres, y les dijo que ahora tenían bastante para vivir todos con comodidad, y que nada les impedía marcharse a algún país donde no fuesen reconocidos y vivir en tierra el resto de sus días, en medio de la abundancia; entendieron lo que quería decir y, en suma, convinieron en traicionar a sus nuevos aliados, los hombres de las balandras; no sé de ninguno que sintiese la más mínima mordedura del honor en el estómago, que le impidiese consentir en este acto de traición. En resumen, pusieron otro rumbo y por la mañana los habían perdido de vista.

Dejo al lector que imagine los juramentos y la confusión que tuvo lugar entre los hombres de las balandras, por la mañana, cuando vieron que Avery se había largado; pues sabían por lo bonancible del tiempo y el rumbo que habían acordado, que sólo se debía a un propósito: pero les dejaremos de momento para seguir a Mr. Avery.

Después de deliberar Avery y sus hombres sobre qué hacer, tomaron la resolución de emprender rumbo hacia América, y dado que ninguno de ellos era conocido en aquella parte, decidieron repartir el tesoro, cambiar de nombre, desembarcar unos en un lugar y otros en otro, comprar alguna tierra y darse la buena vida. La primera tierra que avistaron fue la isla de Providence, entonces recientemente colonizada; aquí permanecieron algún tiempo, y considerando que cuando tuvieran que ir a Nueva Inglaterra el tamaño del barco suscitaría muchas preguntas, y puede que alguna gente de

Inglaterra, que hubiese oído la historia del barco secuestrado en Groine, sospechase que eran ellos los autores, tomaron la decisión de deshacerse del barco en Providence: conque fingió Avery que había sido aparejado en corso y que, al no tener éxito alguno, había recibido órdenes de sus armadores de venderlo lo más ventajosamente posible; encontró pronto comprador, y, seguidamente, compró una balandra.

En esta balandra embarcó con su compañía, tocaron varios lugares de América, donde nadie sospechó de ellos, y algunos desembarcaron y se dispersaron por el país, después de recibir la parte que Avery quiso darles; pues les ocultaba la porción más grande de los diamantes, a la que en la primera confusión del saqueo del barco no dieron mucha importancia al ignorar su valor.

Finalmente, llegó a Boston, Nueva Inglaterra, y pareció tener deseos de asentarse en esa parte, y algunos compañeros desembarca-

ron también; pero cambió de parecer, y propuso a los pocos que le quedaban dirigirse a Irlanda, a lo que accedieron. Encontró que Nueva Inglaterra no era lugar apropiado para él, dado que gran parte de su riqueza estaba en diamantes, y de haberlos sacado allí a la luz, habría sido detenido con toda certeza como sospechoso de piratería.

En su viaje a Irlanda evitaron el Canal de San Jorge, y navegando hacia el norte, entraron en uno de los puertos norteños de ese reino; allí vendieron la balandra, desembarcaron y se separaron, yendo unos a Cork y otros a Dublín, dieciocho de los cuales obtuvieron después el perdón del R. Williams. Cuando Avery llevaba ya algún tiempo en este país, tuvo miedo de vender los diamantes, no fuese que al preguntarle el modo de obtenerlos tuviesen ocasión de descubrirle; así que deliberando consigo mismo qué sería lo mejor, se le ocurrió que había ciertas personas en Bristol en quienes podía arries-

garse a confiar; por lo que resolvió cruzar a Inglaterra; así lo hizo, y yendo a Devonshire, envió recado a uno de estos amigos para que se reuniese con él en un pueblo llamado Biddiford; después de ponerse en contacto con su amigo, y deliberar con él sobre el medio de vender sus efectos, acordaron que el método más seguro sería ponerlos en manos de ciertos mercaderes, quienes, siendo hombres de riqueza y reputación en el mundo, no darían lugar a ninguna investigación sobre el modo como llegaron a ellos; diciéndole este amigo que era muy íntimo de algunos que serían las personas idóneas para tal fin, y que si les daba una buena comisión, harían el negocio muy fielmente. Le gustó a Avery la proposición, pues no veía otro medio de efectuar la transacción, ya que él no podía aparecer; así que regresó su amigo a Bristol, comunicó la cuestión a los mercaderes y éstos hicieron a Avery una visita a Biddiford, donde, tras algunas protestas de honor e integridad, les entregó su mercancía, consistente en

diamantes y algunas vasijas de oro; ellos le dieron algún dinero para su presente subsistencia y se despidieron.

Cambió de nombre y vivió en Biddiford, sin dejarse ver mucho, así que no llamó grandemente la atención; sin embargo, hizo saber a uno o dos parientes suyos dónde estaba, los cuales vinieron a verle. Al poco tiempo se le acabó el dinero, y aunque no había tenido noticia de sus mercaderes, les escribió a menudo y, tras mucha insistencia, le enviaron una pequeña cantidad, apenas suficiente para pagar sus deudas: en conclusión, las cantidades que le enviaban de tiempo en tiempo eran tan exiguas, que no bastaban para pan; e incluso no se las mandaban si no era con grandes molestias e insistencias por su parte; así que, cansado de esta vida, fue en secreto a Bristol para hablar personalmente con los mercaderes, donde, en vez de dinero, se encontró con la más hiriente repulsa; pues cuando les pidió llegar a un

acuerdo, le hicieron callar, amenazándole con descubrirle; de este modo, nuestros mercaderes fueron tan piratas en tierra como él lo había sido en la mar.

Si se asustó ante estas amenazas, o si vio a alguien que podía reconocerle, es cosa que se desconoce; pero se marchó inmediatamente a Irlanda, y desde aquí solicitó a sus mercaderes, con mucha insistencia, algún dinero, aunque sin resultado, viéndose reducido incluso a la mendicidad: en estos extremos, decidió volver y arrojarse sobre ellos, pasara lo que pasase. Embarcó a bordo de un mercante y trabajó para ganarse el pasaje a Plymouth, donde a los pocos días cayó enfermo y murió, no encontrándosele ni para el ataúd.

He consignado cuanto puede recogerse con alguna certeza sobre este hombre, rechazando los cuentos de viejas que se inventaron en torno a su fantástica grandeza, por lo que parece que sus acciones fueron más insignifi-

cantes que las de otros piratas anteriores a él, aunque dio más que hablar en el mundo.

Ahora retrocederemos y daremos a nuestros lectores alguna cuenta de lo que fue de las dos balandras.

Hemos aludido a la rabia y confusión que debió de embargarles al darse cuenta de la desaparición de Avery; sin embargo, siguieron su rumbo, algunos haciéndose ilusiones aún de que se habría desviado durante la noche y que le encontrarían en el lugar de reunión; pero cuando llegaron allí y no pudieron tener noticias de él, perdieron toda esperanza; fue el momento de considerar qué harían, con sus provisiones casi agotadas y, aunque había arroz y pescado y podían conseguir aves de corral en tierra, éstas no podían guardarse a bordo si no eran convenientemente curadas con sal, lo que no tenían oportunidad de hacer; así que, como no podían volver a efectuar un viaje, les llegó el momento de pensar en establecerse en tierra,

para cuyo fin cogieron todas las cosas de las balandras, hicieron tiendas de las velas'y acamparon, teniendo gran cantidad de munición y abundancia de armas pequeñas.

Aquí se encontraron con varios compatriotas suyos, la tripulación de una balandra corsaria que estaba mandada por el capitán Tew y, ya que se trata de una muy breve digresión, daremos cuenta de cómo habían llegado aquí.

El capitán George Dew y el capitán Thomas Tew habían recibido comisiones del entonces gobernador de la isla de Bermudas de dirigirse directamente al río Gambia, en África; allí, con el consejo y asistencia de los agentes de la Royal African Company, intentaron tomar la factoría francesa de Goorie [Goree], situada en esa costa. A los pocos días de zarpar, Dew tuvo la mala fortuna, no sólo de que se le rindiera el palo, sino de perder de vista a su consorte; conque regresó a reparar, y Tew, en vez de prose-

guir su viaje, se dirigió al Cabo de Buena Esperanza y, doblando dicho cabo, puso rumbo a los estrechos de Babel Mandel [Bab el Mandel], que forman la entrada del mar Rojo. Aquí avisó un gran barco, ricamente cargado, que de las Indias iba con destino a Arabia, con trescientos soldados a bordo, además de los marineros; no obstante, Tew tuvo ocasión de abordarlo, y no tardó en apoderarse de él; y se dice que por esta presa se repartieron sus hombres cerca de tres mil libras cada uno: por los prisioneros tuvieron noticia de otros cinco ricos barcos que pasarían por allí, a los que Tew habría querido atacar aunque eran muy fuertes, de no haberse impuesto el cabo de mar y los demás... Esta diferencia de opinión creó cierta tensión entre ellos, por lo que decidieron abandonar la piratería, y ningún lugar era más apropiado para acogerles que Madagascar; se dirigieron allí, resolviendo vivir en tierra y disfrutar de cuanto tenían.

En cuanto al propio Tew, él, juntamente con unos cuantos más, llegaron en poco tiempo a Rhode Island, y a partir de entonces vivió en paz.

Así, hemos dado cuenta de la compañía con la que nuestros piratas se encontraron aquí.

Debe observarse que los nativos de Madagascar son una clase de negros que difiere de la de Guinea en el pelo, que es largo, y su piel no es de un negro tan puro; tienen infinidad de pequeños príncipes, los cuales están guerreando continuamente entre sí; a los prisioneros los hacen esclavos y, o bien los venden, o los matan, según prefieran. Cuando nuestros piratas se asentaron por primera vez entre ellos, su alianza fue muy solicitada por parte de estos príncipes, de modo que unas veces se aliaban con uno y otras con otro, pero cualquiera que fuese el lado al que se inclinaban, estaban seguros de salir victoriosos; pues los negros aquí no tenían armas de fuego, ni entendían su uso; de

manera que al final estos piratas se volvieron tan terribles para los negros que, en cuanto aparecían dos o tres tan sólo en una parte, al ir a entrar en combate, el bando opuesto huía sin haber atacado una sola vez.

Por este medio no sólo llegaron a ser temidos, sino poderosos; a todos los prisioneros de guerra que cogían los hacían sus esclavos; se casaron con las mujeres más hermosas de los negros, no con una o dos, sino con cuantas desearon; de manera que cada uno de ellos tenía un serrallo tan numeroso como el gran señor de Constantinopla: a los esclavos los empleaban en plantar arroz, pescar, cazar, etc.; además de éstos, había otros muchos que vivían, por así decir, bajo su protección y para estar a cubierto de los ataques de sus poderosos vecinos; éstos parecían rendirles un franco homenaje. Luego empezaron a separarse unos de otros, viviendo con sus propias esposas, esclavos y protegidos, como príncipes independientes; y como el po-

der y la abundancia engendran naturalmente belicosidad, a veces disputaban entre sí, y se atacaban unos a otros, a la cabeza de sus diversos ejércitos, y en estas guerras civiles murieron varios de ellos. Pero sucedió un accidente que les obligó a unirse otra vez por su mutua seguridad.

Debe tenerse en cuenta que estos repentinamente grandes señores habían utilizado su poder como tiranos, pues se volvieron propensos a la crueldad, y era corriente que, por el más ligero disgusto, ordenaran atar a uno de sus protegidos a un árbol y pegarle un tiro en el corazón; ya fuera su crimen grande o pequeño, éste era invariablemente el castigo; así que los negros se confabularon para librarse de sus destructores una noche, y como ahora vivían separados, la empresa podía haberse llevado a cabo con facilidad de no ser porque una mujer, que había sido esposa o concubina de uno de ellos, recorrió casi veinte millas en tres horas para reve-

larles el plan: inmediatamente alertados, corrieron a reunirse todo lo deprisa que fueron capaces, de forma que cuando los negros se aproximaron, les encontraron a todos ellos armados; así que se retiraron sin intentar nada.

Este lance les volvió muy precavidos a partir de entonces, y vale la pena describir la astucia de estos brutales individuos y las medidas que adoptaron para protegerse.

Descubrieron que el miedo a su poder no podía defenderles contra las sorpresas, y que hasta el hombre más valeroso podía morir, cuando estaba dormido, a manos de otro muy inferior a él en fuerza y bravura; por tanto, como primera medida de seguridad, debían fomentar la guerra entre sus vecinos negros, permaneciendo neutrales ellos mismos, por cuyo medio, los vencidos corrían a ellos constantemente en busca de protección, puesto que de lo contrario podían morir o verse reducidos a la esclavitud. Fortalecieron su grupo, y los

unieron a ellos por el interés; cuando no había guerra, se las ingeniaban para suscitar privadas desavenencias entre ellos, y en cada pequeña disputa o disensión, empujar a una u otra parte a la venganza; les enseñaron cómo atacar o sorprender a sus adversarios, y les prestaron pistolas cargadas o fusiles con que eliminarlos; la consecuencia de esto era que el homicida se veía obligado a acudir a ellos en busca de seguridad, con sus esposas, hijos y parentela.

Estas gentes eran amigos fieles, ya que sus vidas dependían de la seguridad de sus protectores; pues como hemos dicho antes, nuestros piratas se habían vuelto tan terribles que ninguno de sus vecinos tenía la suficiente resolución como para atacarles en guerra abierta.

Merced a las argucias de este género, en espacio de unos años, el número de sus gentes se incrementó enormemente; entonces empezaron a separarse, y a irse a mayores distancias

unos de otros por la conveniencia de más amplio espacio, y se dividieron como los judíos, en tribus, llevándose cada uno a sus esposas e hijos (pues contaban ya con una numerosa familia), como también su contingente de protegidos y seguidores. Y si el poder y el mando es algo que distingue a un príncipe, estos rufianes tenían todos los distintivos de la realeza, y aún más, les asaltaban los mismos temores que continuamente inquietan a los tiranos, como puede verse por la extrema precaución que adoptaron al fortificar los lugares donde habitaban.

En este plan de fortificación se imitaron unos a otros, siendo sus viviendas más bien ciudadelas que casas; eligieron un paraje cubierto del bosque, y situado cerca de un río; construyeron un terraplén o zanja profunda alrededor, tan recta y alta, que era imposible escalarla, especialmente por aquellos que no contaran con escalas de mano; sobre esta zanja había una pasarela que comunicaba con el bos-

que; la vivienda, que era una choza, estaba construida en la parte del bosque que el príncipe que la habitaba consideraba idónea, pero tan cubierta que no podía verse hasta que se llegaba a ella; pero la más grande astucia estaba en el pasillo que conducía a la choza, el cual era tan estrecho que no podía avanzar por él más de una persona, y estaba trazado de manera tan intrincada que formaba un perfecto laberinto, dando vueltas y más vueltas, con varios cruces de senderos, de modo que una persona que no estuviera familiarizada con el camino, podía pasarse varias horas nadando y recorriendo dichos senderos sin lograr descubrir la cabana; además, en ambos lados de estos estrechos senderos habían clavado en el suelo grandes espinos que crecen en un árbol de ese país, con las puntas hacia arriba, y siendo el sendero tortuoso y serpeante, si un hombre intentara aproximarse a la choza por la noche, se habría clavado uno de estos espinos, aunque hubiese

contado con la clave que Ariadna dio a Teseo cuando éste entró en la caverna del Minotauro.

Así es como vivía el tirano, temeroso de todos y temido por todos, y en esta situación les encontró el capitán Woodes Rogers, cuando fue a Madagascar en el *Delicia*, barco de cuarenta cañones, con objeto de comprar esclavos para venderlos a los holandeses de Batavia o Nueva Holanda. Sucedió que tocó en una parte de la isla donde hacía siete u ocho años que no se veía un barco, y encontró a algunos de los piratas, de los que quedaban vivos once, quienes por entonces hacía más de veinticinco años que estaban en la isla, teniendo una numerosa y multivaria progenie de hijos y nietos que descendían de ellos.

Al ver por primera vez un barco de esta fuerza y tonelaje, supusieron que se trataba de un buque de guerra enviado para detenerles; así que se ocultaron en sus fortalezas; pero cuando llegaron a tierra algunos del barco, y no

mostraron hostilidad, y solicitaron comerciar con los negros, se atrevieron a salir de sus agujeros, escoltados como príncipes, y puesto que realmente eran reyes de fado, que es una especie de derecho, debemos hablar de ellos como tales.

Dado que hacía tantos años que estaban en esta isla, es de imaginar que sus ropas se habían estropeado hacía mucho tiempo, de modo que sus majestades iban extremadamente desastradas; no puedo decir que andrajosas, ya que no llevaban ropas, y no tenían para cubrirse más que pieles de animales sin curtir, aunque con todo su pelo, ni zapatos o calzas, de forma que parecían otras tantas imágenes de Hércules con la piel del león, y dado que tenían la barba muy crecida, y el pelo sobre sus cuerpos, parecían las más salvajes figuras que la imaginación de un hombre es capaz de representar.

Sin embargo, no tardaron en ataviarse, pues vendieron a gran número de esas pobres gentes que tenían bajo su dominio por ropas, cuchillos, sierras, pólvora y balas, y otras muchas cosas, y llegaron a tomarse tanta familiaridad que subieron a bordo del Delicia, y se observó que eran muy curiosos, examinando el interior del barco, logrando mucha confianza con los hombres, a los que invitaron a bajar a tierra. Su propósito con todo esto, como confesaron más tarde, era comprobar si resultaba factible sorprender el barco por la noche, cosa que juzgaron muy fácil, en caso de que se mantuviese poca guardia a bordo, ya que tenían botes y hombres suficientes a sus órdenes; pero, al parecer, el capitán estaba al corriente de quiénes eran, y montó una vigilancia tan estrecha en cubierta que consideraron inútil todo intento; así que, cuando algunos de la tripulación bajaron a tierra, decidieron persuadirles e inducirles a una conjura para apoderarse del capitán y encerrar al resto de los hombres bajo

cubierta cuando entrasen ellos de guardia durante la noche, prometiéndoles que a una señal subirían a bordo y se unirían a ellos; les propusieron, si lo conseguían, piratear juntos, con la seguridad de que con un barco así podrían adueñarse de cuanto se topasen en la mar; pero el capitán, al observar la creciente intimidad entre ellos y algunos de sus hombres, pensó que de ello no podía salir nada bueno; conque la atajó a tiempo, no consintiéndoles que siguieran hablando, y cuando envió un bote a tierra con un oficial a tratar con ellos sobre la venta de esclavos, la tripulación permaneció a bordo del bote, y no se permitió que ningún hombre hablase con ellos, sino la persona delegada a tal propósito.

Antes de zarpar, y viendo que no podían hacer nada, confesaron todos los planes que habían urdido contra él. Así, les dejó como los había encontrado, en medio de su sucia dignidad y realeza, aunque con menos subditos que

antes, al haber vendido a muchos, como ya hemos dicho, y si la ambición es la pasión favorita de los hombres, no hay duda de que fueron felices. Uno de estos grandes príncipes había sido antes barquero en el Támesis, donde tras haber cometido un homicidio, escapó a las Antillas, y fue uno de los que huyeron en las balandras; los demás habían sido todos hombres de cubierta, y no había entre ellos uno sólo que supiese leer y escribir; por otra parte, sus secretarios de estado no tenían más instrucción que ellos. Esto es todo lo que puedo facilitar de estos reyes de Madagascar, algunos de los cuales aún puede que sigan reinando hoy.